

La fenomenología de la narcocultura y su universo simbólico

The Phenomenology of Narcoculture and its Symbolic Universe

Anajilda Mondaca Cota¹

RESUMEN

Se aborda la presencia histórica de la narcocultura en la ciudad de Culiacán, Sinaloa, su fenomenología y el universo simbólico que la constituye, desde que surge en la sierra de Sinaloa y se traslada a la ciudad. En ese trayecto, emergen productos y bienes culturales, entendidos como formas simbólicas de la cultura (subjectivadas y objetivadas), así como acuerdos y complicidades entre traficantes y gobierno, lo que dio inicio a la institucionalización de la narcocultura deviniendo en la normalización de ciertas prácticas que para algunos sectores de la sociedad fueron vistas como un estigma, para otros un modelo aspiracional. Se describen algunas formas simbólicas identificadas en el trabajo guiado metodológicamente por las dimensiones fenomenológica, etnográfica y discursiva.

Palabras clave: narcocultura, fenomenología, formas simbólicas de la cultura.

ABSTRACT

This article discusses the historical presence of narcoculture in the city of Culiacan, Sinaloa, its phenomenology and the symbolic universe that constitutes it, since it emerged in the mountains of Sinaloa and moved to the city. In this journey, cultural products and goods emerge, which are understood as symbolic forms of culture (subjectivated and objectified), as well as agreements and complicities between traffickers and government, which started the institutionalization of narcoculture and became normalization of certain practices that for some sectors of society were seen as a stigma, for others an aspirational model. We describe some symbolic forms identified in the work that have methodologically guided research by the phenomenological, ethnographic and discursive dimensions.

Keywords: Narcoculture, Phenomenology, Symbolic Forms of Culture

INTRODUCCIÓN

Los efectos que, el narcotráfico, como fenómeno contemporáneo, ha producido en lo económico y en lo político indudablemente han sido en beneficio de amplios sectores de la sociedad; sin embargo, hay otros, principalmente sociales y culturales que no tardaron en visibilizarse mediante manifestaciones diversas, particularmente la música, a la que siguió una serie de elementos o

1 Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente (ITESO).

componentes que dieron pie a la emergencia de lo que hoy conocemos como narcocultura. En el marco de la línea de investigación *Expresiones culturales del narcotráfico*, de la que se han derivado otros proyectos como el denominado *Narcocorridos, ciudad y vida cotidiana: espacios de expresión de la narcocultura en Culiacán, Sinaloa, México*, se presentan en este artículo algunos resultados a partir de los cuales se aborda la presencia histórica de la narcocultura, con epicentro en la ciudad de Culiacán, capital del estado de Sinaloa.

Para aproximarnos a la construcción de la noción de narcocultura, el aporte teórico de la concepción simbólica de la cultura sustentado en las formas simbólicas (objetivadas y subjetivadas) (Giménez, 2007) es fundamental, ya que se asume que la narcocultura las contiene de la misma manera que la cultura dominante. Derivado de lo anterior, se incorporan algunas de las expresiones culturales más significativas y que la representan a través de las prácticas sociales de los sujetos, con sus objetos o elementos vinculados, entre ellas la vestimenta, los accesorios, la música (narcocorridos), también están otras prácticas como las complicidades, los actos de corrupción, la impunidad, el desafío al Estado y la deslegitimación de este por parte diversos sectores de la sociedad. Al generalizarse esas prácticas, inicia el proceso de institucionalización de la narcocultura (Sánchez, 2009) como constituyente de un universo simbólico (re)creador de visiones de mundo, lo cual se explica a partir de las prácticas que los actores involucrados en el tráfico ilegal de drogas evidenciaron a su arribo a la ciudad, procedentes de la región sinaloense, quienes fueron apropiándose de los espacios de la misma haciendo vínculos con otros actores y creando acuerdos y valores implícitos de lealtad, afectos y complicidad, hasta conformar la estructura instituyente de la narcocultura que poco a poco se volvió normal. En este sentido, pensar la narcocultura y el narcotráfico en los contextos actuales, se torna difícil si no se entienden los factores de fondo que la han categorizado como fenómeno social por lo que se plantean, desde las perspectivas económicas, políticas, sociales y culturales, las problemáticas asociadas con el crecimiento y expansión de estos fenómenos.

En cuanto a la estrategia metodológica que ha guiado la investigación, esta se plantea en tres niveles de acción: la primera, de índole *fenomenológica*, pensada como apoyo conceptual de la investigación social de tipo cualitativo. La segunda, de índole *etnográfica*, nos permite estar en la zona de contacto, significar el espacio, interpretar los sucesos. La tercera, de índole *discursiva* que ofrece significaciones e interpretaciones a través del análisis, hermenéutico, del discurso, de las imágenes, de las entrevistas con los sujetos sociales o bien, de las letras de narcocorridos.

DE LA CULTURA A LA NARCOcultura: LA FENOMENOLOGÍA

Podemos entender a la cultura como el conjunto de elementos con los cuales se configura el sentido y el significado de la vida y la muerte, con sus factores integradores en los que (desde una visión amplia) se re-presentan los bienes culturales, es decir, las formas simbólicas (objetivadas y subjetivadas) de la cultura, que abordamos más adelante. Por tanto, la narcocultura no puede entenderse fuera de ella, ya que se explica a partir de este significado al conformar un proceso sociocultural que incorpora una serie de mecanismos y o componentes desde los cuales se tiene (de la misma manera que la cultura dominante) un sentido y un significado de vida y de muerte. Con el crecimiento y la expansión del narcotráfico, la narcocultura, así como sus prácticas y relaciones, fueron

generando condiciones y dimensiones simbólicas y concretas; crearon y siguen creando expectativas y estilos de vida en amplios sectores de la sociedad, con lo cual también se fueron configurando modelos aspiracionales de éxito, poder e ilegalidad, y otros, buscando al mismo tiempo adquirir y disfrutar un conjunto de satisfacciones, por parte de las personas involucradas o no en ese mundo ilegal.

La narcocultura nació en el campo y la sierra, de donde arribó a la ciudad, ocupó sus calles y otros espacios para reproducirse en la vida cotidiana y transitar hacia nuevos modelos de relación, de intercambios y prácticas sociales. Es entonces cuando la sociedad empieza a experimentar ciertas tendencias culturales y sociales detonadoras de comportamientos, en un principio atribuidos solamente a los actores involucrados en el negocio de las drogas. Esto, aunado al auge del narcotráfico en los años setenta del siglo pasado, trajo consigo la consolidación o institucionalización de la narcocultura, como advierte Sánchez (2009), deviniendo en prácticas sociales que habrían de evidenciar acciones normalizadas y vinculadas al narcotráfico mediante diversos objetos y productos, significados y significaciones, códigos, etcétera, con los cuales la expansión y crecimiento de ambos fenómenos tienen el alcance que hoy conocemos.

Ante esto, se advierten dimensiones del narcotráfico, económicas, políticas y socioculturales, las cuales se explican en los siguientes párrafos, de amplia centralidad que contribuyen a la generación de expectativas, estilos de vida de sectores amplios de la población y representa, para muchas personas, la posibilidad de salir de la pobreza y aspirar a la riqueza. Desde lo económico, se decide asumir el riesgo de jugarse la vida con tal de obtener los beneficios y ganancias que habrán de satisfacer las necesidades que el mercado y la sociedad del consumo ofrecen. Desde lo político, se sentaron las bases de la transgresión y la ilegalidad, y poco a poco el narcotráfico empezó a instituir su poder al permear en la sociedad e instituciones del Estado, e imponer sus propias reglas. Finalmente, el narcotráfico derivó en una serie de manifestaciones culturales que con el paso del tiempo fueron conformando el universo simbólico que permitiría, hasta la fecha, entender la lógica de la narcocultura mediante diversos canales de expresión, particularmente los narcocorridos, a través de la representación del mundo del narco y sus actores.

Como ya se mencionó, el proceso de la narcocultura, como efecto del narcotráfico, no puede entenderse sin conocer los factores de fondo que la caracterizan como fenómeno social, por lo que se plantean problemáticas, ya sean económicas, políticas, sociales y culturales, asociadas o que contribuyen en gran medida a su crecimiento y expansión en la actualidad, como veremos en las siguientes líneas.

LA DIMENSIÓN ECONÓMICA. PROYECTOS DE VIDA DESEABLE EN UNA REALIDAD NO DESEABLE

El narcotráfico y la narcocultura se han convertido en fenómenos sociales de largo alcance. Ambos generan expectativas de vida fácil, consumo en exceso, lujos y suntuosidades, pero también de violencia, muerte, corrupción y complicidades con lo que se han vuelto una suerte de modelo aspiracional para las personas, particularmente las y los jóvenes, quienes no tienen condiciones ni certidumbre del ingreso seguro al mercado de trabajo en un país que no genera empleos y en el que los contextos violentos se multiplican, por lo que las posibilidades de trabajo estable se vuelven inciertas. En este sentido, también

están las situaciones de precariedad de amplios sectores de la población con vulnerabilidad implícita, inestabilidad laboral, desatención a la salud, el deterioro de las instancias de seguridad social y el desplazamiento de personas en contextos de inseguridad.

En estas circunstancias, el acceso a una vida deseable, que incluye aspiraciones, pasiones, deseos y anhelos, de todas las personas, es limitado e incierto. Se observa que, pese a una aparente tendencia de crecimiento del empleo en el último año, y también de desempleo, en México, la precariedad en el ámbito laboral prevalece,² contribuyendo a la búsqueda y a la creación de nuevos escenarios para la vida de los grupos sociales que aspiran a mejores modos de vida, como es la creciente migración tanto interna como la que va hacia Estados Unidos. En este contexto de inestabilidad laboral, la educación, como proyecto de vida deseable, no está alineada con las opciones de empleo y salarios acordes con las profesiones, impactando principalmente en las nuevas generaciones de jóvenes. A lo anterior se agrega que no se toma en cuenta la deserción como factor relevante, no solo porque disminuye la tasa de profesionistas, sino porque contribuye al crecimiento del desempleo, ya que como advierte la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) “la duración y la calidad de la enseñanza que reciben los individuos repercuten en su transición de la educación al trabajo, al igual que las condiciones del mercado laboral, el entorno económico y la cultura” (OCDE, 2017).³

Ante el deterioro de las condiciones laborales y la imposibilidad de enfrentar las problemáticas señaladas, que no permiten visualizar mejores expectativas de vida, la opción más fácil y rápida es ingresar a las filas del narcotráfico, principalmente entre la población juvenil, muchas veces por la urgencia y la posibilidad de cubrir las necesidades básicas, primero, y después, por el acceso aparentemente fácil y rápido a grandes sumas de dinero; por lo que el narcotráfico, para ampliar el control de sus territorios y la propia estructura de las organizaciones, recluta niñas, niños y jóvenes, apostando a la mínima penalidad por minoría de edad, pero también a los cuerpos desechables, jóvenes que se convierten en carne de cañón para las organizaciones criminales, llevados por el espejismo del dinero, el poder y vivir al día, quienes se enfilan hacia la muerte bajo el poder que el crimen organizado ha implantado a través de diversas líneas delictivas, lo que hace que en muchos lugares sea su única fuente de riqueza y, a veces, de sobrevivencia. En cambio, para otros sectores esta situación provoca reacciones de rechazo y desconfianza hacia el Estado y sus instituciones al ver que la impunidad, las complicidades, los acuerdos y la corrupción, imperan en ambos lados.

De esta manera, se configura la idea de que el narcotráfico va ganando una guerra que nadie pidió y en la que la legitimación del Estado se ha ido desdibujando, como veremos enseguida.

2 De acuerdo con indicadores de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE) del Inegi, las cifras ajustadas al mes de agosto de 2018, registran 55 643 417 personas participantes como Población Económicamente Activa (PEA), de las cuales, 59.8% tienen 15 años y más, quienes están en el trabajo formal. Sin embargo, la Tasa de Desocupación (TD) fue de 3.4% de la PEA a nivel nacional, en su comparación anual, la TD subió en julio de 2018 frente a la del mismo mes de 2017 (3.4% contra 3.3%), con datos ajustados por estacionalidad (INEGI, 2018). En el mercado informal, la ENOE arroja 27.4% de la tasa ocupada en ese sector, con 59.6% de la población con 15 años y más de edad, quienes no perciben ningún tipo de seguridad social, mientras que la subocupación representa 7% de la PEA.

3 En los países que integran la OCDE, la proporción de jóvenes de 20 a 24 años que no estudian, pero tienen empleo, ha disminuido alrededor de 5 puntos porcentuales, de 43% en 2005 a 39% en 2016. Esto refleja no solo unas perspectivas de empleo desfavorables, por un lado, sino también una tendencia general de mayor acceso a la educación superior en los adultos jóvenes (OCDE, 2017, p. 315). Por otra parte, en el caso de México, solamente 40% o menos de jóvenes de 18 a 24 años están estudiando y de los 25 a 29 años, la proporción media de adultos jóvenes que estudian se reduce hasta 16% (OCDE, 2017, p. 316).

LO POLÍTICO. LA DESLEGITIMACIÓN DEL ESTADO Y EL DESENCANTO DE LAS INSTITUCIONES

La descomposición de los canales institucionales, en relación con los mecanismos para regular los conflictos, así como la falta de elaboración de leyes eficientes y efectivas, han generado la idea de un Estado fallido, ausente y deslegitimado incapaz de instaurar y restaurar el orden social. Con el rompimiento del marco axiológico ante la pérdida de confianza en las instituciones y sus figuras, derivado de la vinculación con los grupos del narcotráfico y otros actores políticos, se desdibuja la estructura del poder del Estado. Los códigos y reglas antiguas cambiaron de significado con el narcotráfico al transformar su manera de operar. Las guerras entre narcotraficantes agudizaron el clima de violencia y carcomieron el orden político, social, económico y cultural, al coludirse con el Estado, por lo que, si este cooperara abiertamente con el narco tiene el efecto de enfrentar problemas serios de legitimidad interna y externa, al mismo tiempo que intenta mantener la legitimidad ante la sociedad. Como dice Astorga (2001), las estructuras de seguridad son herencia del viejo sistema político, a la vez son testimonio de que ha existido una relación histórica entre actividades criminales y poder político, por lo que el deficiente funcionamiento de la administración de la justicia y la percepción de la población de que no hay justicia para ellos, constituyen la base de la deslegitimación de las instituciones del Estado, la cual se agudiza por la corrupción, la lentitud y la ineficacia del sistema judicial, el comportamiento corrupto y abusivo de la fuerza policiaca (la desaparición forzada y las ejecuciones sumarias, por ejemplo), dando lugar a otras formas de criminalidad: el tráfico y diversificación de las drogas, secuestros, extorsiones, trata de personas, entre otros, igualmente graves. Lo que resulta en una toma de distancia con el Estado por parte de la sociedad, buscando al mismo tiempo, nuevas formas de reglas sociales de convivencia que les permitan sobrevivir en contextos de violencia, inseguridad y miedo, como es el encerramiento obligado, la búsqueda de seguridad personal, entre otros. En abono a la deslegitimación y al desencanto de las instituciones del Estado, emerge el fenómeno del desafío, ya no solo por parte de la delincuencia, sino también por quienes comparten o por lo menos indican tener algún vínculo con el narcotráfico como ocurrió con las marchas a favor de Joaquín *El Chapo* Guzmán cuando fue recapturado en el puerto de Mazatlán en febrero de 2014, después de trece años de ser un prófugo de la justicia. Este hecho inédito evidenció el vacío de legitimidad del Estado cubierto por la figura del *Chapo Guzmán* que movilizó a una parte de la sociedad para pedir su liberación, en la ciudad de Culiacán. En dos ocasiones se llevaron a cabo “marchas en las que contingentes de más de mil personas recorrieron la principal avenida para manifestar su apoyo y exigir la no extradición del narcotraficante, incluso su libertad, en un explícito desafío a las instituciones gubernamentales” (Cuamea y Mondaca, 2014, p. 8), previamente convocadas a través de las redes sociales, volantes y de manera personal, evento al que diversos sectores y actores sociales calificaron como una broma, otros lo tomaron como desafío. Apoyados por un conjunto de pertrechos simbólicos (alimentos y agua, música de banda, vestimenta –camisetas blancas con mensajes y símbolos alusivos al personaje—, y pancartas con diversas consignas pidiendo su liberación), quienes organizaron las marchas mostraron una capacidad de convocatoria que incluía toda una maquinaria movilizadora y modeladora de formas simbólicas que habría de encarnar un mito, que lejos de desvanecerse con su captura, parecía que había cobrado vida.

Esta circunstancia evidenció, una vez más, la manifestación de los efectos sociales y culturales del narcotráfico dentro del universo simbólico que la narcocultura posee desde hace más de 50 años, como se explica en los siguientes párrafos.

LO SOCIOCULTURAL. LOS EFECTOS DEL NARCOTRÁFICO Y LA NARCOCULTURA

Entender el narcotráfico desde una visión social/cultural implica un acercamiento profundo con la sociedad, las creencias, los imaginarios, las significaciones que se construyen a través del discurso que opera como vínculo entre lo que es ser narco y no serlo, una especie de valores implícitos (respeto, lealtad, afectos, entre otros) que respondieron a un proceso de acciones y acuerdos entre actores involucrados en el negocio ilegal, cuyas prácticas fueron acaparando los espacios tanto sociales como simbólicos de la ciudad, con lo que, en palabras de Sánchez (2009):

llegaron a formar, al cabo de unos cuantos años, una estructura más compleja: la institución social del narcotráfico [el cual, cubriendo] una serie de mecanismos de legitimación se alejó, poco a poco, de la etiqueta de estigmatización y transmutó con atributos de normalidad, es decir, se gestó un *ethos* de significados compartidos (p. 92).

En ese compartir de significados, la narcocultura se fue extendiendo del campo a la ciudad de Culiacán hasta lograr su aceptación de manera amplia en el resto del país. Se instaló la idea del nuevo bandolero social y otras formas simbólicas que se convirtieron en anclaje y permanencia. El narcotráfico ratificó la transgresión del orden social y la gestión de la violencia bajo sus propias reglas hasta normalizar su presencia, instituyendo un poder que a través del tiempo fue incorporándose de manera *natural* en el espacio social que delimitó lo que es posible y lo que no, lo prohibido, lo ilegal. El narcotráfico y la narcocultura incorporaron lentamente ese poder instituyente en las estructuras del Estado y este simplemente lo consintió, con lo cual el tráfico de drogas ilícitas fue aceptado como parte de una normalización y naturalización de las actividades, al convertirse en el principal motor económico generador de ingresos, junto a otras actividades como la agricultura, principalmente, lo que dio pie a la unión de una parte de los habitantes del medio rural y de la sierra, relacionados directa o indirectamente con el tráfico y comercio ilegal de drogas.

Estas prácticas contribuyeron a la construcción y creación de un imaginario colectivo con lo que de manera casi simultánea se empieza a “legitimar el nuevo paradigma de instituciones imaginarias de la sociedad contrabandista” (Sánchez, 2009, p. 83). Al mismo tiempo, esas prácticas se trasladan y se colocan en la narcocultura para cubrir los espacios de poder, para construir y generar deseos que luego cristalizarían aspiraciones de vida deseable: beneficios sociales y materiales a las comunidades (infraestructura pública, arreglos y o reparaciones de templos religiosos, reparto de dinero, patrocinios de equipos deportivos, etcétera), donde los personajes del tráfico de drogas obtienen a cambio el apoyo de sus habitantes para enfrentar al Estado y sus estructuras normativas extendiendo así sus redes de negociación, distribución y de poder paralelo que disputa con el Estado el control de los espacios, de la política y de la economía.

De esta manera, la narcocultura constituyó su universo simbólico con el que fijó no solamente un estilo de vida, sino expresiones culturales del narcotráfico

con las cuales expandió el uso, consumo y apropiación de los bienes culturales, entendidas como formas simbólicas de la cultura.

LAS FORMAS SIMBÓLICAS FUNDADORAS: DE LA CULTURA A LA NARCOcultura

El conjunto de simbologías fundador de la narcocultura, debe entenderse dentro de las nociones y los pensamientos de la cultura, a la que, como ya hemos dicho, se le ubica a partir del significado de la vida y de la muerte. Para Giménez (2007), la concepción simbólica de la cultura explica que las *formas simbólicas* en sus *formas objetivadas* y *formas interiorizadas*, contribuyen a dar sentido y a construir visiones del mundo a partir de los contextos en los que se construyen. Estas formas simbólicas de la cultura se configuran en y por las prácticas sociales, experiencias, procesos y dinámicas de los actores, al mismo tiempo están presentes en expresiones, artefactos, acciones, acontecimientos y cualidades asociadas con todo tipo de variables culturales como la subsistencia (alimentos, bebidas, entre otros), la arquitectura, la vestimenta; los usos y costumbres, la organización del espacio y el tiempo, los valores, la religión, etcétera. Se involucran la heterogeneidad, los indicios, las intuiciones y acercamientos que se interconectan con lo social y lo cultural, en tanto son constructos simbólicos integrados a la vida cotidiana a través de las “innumerables relaciones interpersonales que constituyen el terreno propio de toda colectividad” (Giménez, 2007, p. 39). En la promoción de la cultura, como dimensión de la vida en sociedad, las formas simbólicas se han incorporado al proceso de la narcocultura para constituir su universo simbólico, entendido por Sánchez (2009) como:

un sistema de valores a partir de la premisa del honor, muy al estilo de las culturas y mafias mediterráneas: valentía, lealtad familiar y de grupo, protección, venganza, generosidad, hospitalidad, nobleza y prestigio, formas de regulación interna –el uso de violencia física a quien traicione al jefe o quiera salirse del negocio–; un consumo específico –uso de la cocaína o la adquisición de joyería de oro–; un argot particular –manejo de claves como estrategia de clandestinidad (Héau y Giménez, 2004; Valenzuela, 2002); modelos de comportamiento caracterizados por un exacerbado ‘anhelo de poder’, en una búsqueda a ultranza del hedonismo y el prestigio social (p. 80).

Este sistema de valores ha marcado pautas de conducta que se reproducen social y culturalmente de manera cotidiana, en el que el universo simbólico llega a generar transformaciones culturales con sus propios lenguajes y modos de hacerse visibles, normalizando con ello su presencia en la colectividad. El hecho particular de que la ciudad de Culiacán sea epicentro de la narcocultura la convierte también en el centro de consumo de objetos, productos y artículos vinculados a una narcocultura prevaleciente, ubicua y evidente, materializados de diferentes y variadas formas: alimentos, bebidas, vestimenta, modas, camionetas y autos lujosos, grandes mansiones de arquitectura espectacular; uso de joyas relucientes, anillos y pulseras de oro y o cubiertas de pedrería fina, cadenas de oro de donde cuelgan figuras con diseños de armas, hojas de marihuana; rituales y creencias religiosas (en Jesús Malverde, San Judas Tadeo y otras figuras). Los diseñadores de joyería tienen un mercado de demanda amplio, ya que también diseñan y fabrican accesorios para las armas, generalmente cachas de pistolas en hueso, en plata o en oro, con incrustaciones de pedrería fina, grabados de figuras religiosas, el nombre y o apellido de algún personaje, o el sello del grupo delictivo de pertenencia.

Así, la noción de narcocultura se construye por un proceso de acciones, dinámicas y tensiones; produce objetos y sujetos (culturales), vinculados a

significados, códigos, mitos, territorios y espacios muy específicos producidos por un fenómeno social contemporáneo que se expresa de modos diversos, en escenarios diversos. Es decir, las nociones y pensamientos sobre la cultura, nos permiten enfocar la reflexión hacia otras concepciones de la misma, pero sujetadas a ámbitos distintos como son los ilegales, específicamente del tráfico de drogas y que han derivado como ya hemos dicho, en la llamada narcocultura, constituida por elementos simbólicos y concretos.

En el transcurrir de su evolución y alcance, la narcocultura se ha colocado en distintos espacios y escenarios a través de un sistema de creencias y de valores, normas, usos y costumbres, y otras formas simbólicas tangibles e intangibles de significación, lo que hace posible la configuración de una visión del mundo, productora de sentido de la vida y de la muerte; de la identidad y de la pertenencia, que es concebida como algo más que una subcultura del narco, término con el que algunos autores aluden a valores sociales y culturales trastocados por su relación con el narcotráfico. Por el contrario, el concepto de subcultura se refiere a las acciones de grupos de personas con actitudes, creencias, costumbres, comportamientos, diferentes o no, a los de la cultura dominante, aun cuando son partícipes de la misma sociedad. A veces se le interpreta como contracultura, y generalmente se aplica a los grupos juveniles de las distintas épocas. La subcultura constituye la manera de vivir de un círculo de personas o de una parte de la población con ideas, valores, normas de comportamiento, lenguajes y estructuras sociales que se apartan de lo establecido por la cultura dominante y que puede llevar a situaciones y escenarios de conflicto. A este respecto, Astorga (1995) plantea los términos *subcultura* y *contracultura* en relación con el narcotráfico de manera simultánea, al referir que cuando se piensa en los narcotraficantes estos no están completamente fuera de la sociedad, pues “no son la mayoría ni tampoco tienen algo que pueda ser comparable a un ‘proyecto’ [...] si acaso manifestaciones culturales donde se expresa parte de un esquema axiológico diferente al dominante” (Astorga, 1995, p. 139).

Estas nociones de subcultura, se alejan de lo que en realidad pasa por la narcocultura: pues ella se define por los códigos de conducta, estilos de vida y las interrelaciones entre quienes la comparten, es decir, quienes participan en el *narcomundo*, como lo llama Valenzuela (2002), y quienes no. Puesto que la narcocultura no aplica a agrupaciones específicas, ya que no es exclusiva de grupos definidos como suele ser una subcultura, a esta más bien se adhiere todo tipo de personas, ya sea que formen o no parte de grupos específicos del narcotráfico o de manera individual. Desde otra perspectiva, donde sí hay relación es con las formas simbólicas de la cultura, por cuanto existen múltiples y variados objetos que la vinculan en una correlación con variables y bienes culturales, entendidos como formas simbólicas: música (los narcocorridos), vestimenta, modas, bebidas, alimentos; esto es, productos o artículos que visibilizan un estilo de vida mediado por el consumo, la violencia, el poder, la muerte, etcétera, que van configurando visiones del mundo. Estas visiones llegan a cristalizarse a través de una transformación del pensamiento que transita hacia un modo de ver la vida más fácil, de consumo, de lujos y riquezas; de control de territorios mediante el poder y la violencia, donde todo se puede porque se permite. En el sentido subjetivo, la visión del mundo pasa por el sentido de lealtad, pertenencia y afectos; el territorio de pertenencia, de nostalgia. La visión del mundo se concibe en la realidad y la claridad que se tiene sobre ser parte del negocio ilegal del mundo de la riqueza, aunque esta dure poco –el clásico dicho: “más

vale vivir 5 años como rey, que 50 como buey”–, se justifica cuando la pobreza es causada por no ser parte del negocio del narcotráfico. Es una manera de vivir la vida en la que los valores de ese *narcomundo* van definiendo el *habitus*, como generador de las prácticas, de los sujetos involucrados, y de compartir el universo simbólico de significados, que a su vez produce sentido por el solo hecho de compartirlo.

Lo que observamos con todo lo anterior es que los efectos sociales, culturales, políticos y económicos con los que se representa la narcocultura no se pueden evadir. Por tanto, la noción de narcocultura se entiende como un proceso cultural que incorpora una amplia simbología, un conjunto de visiones del mundo bajo ciertas reglas y normas de comportamiento, en tanto son valores entendidos que envuelven esta actividad y es compartida por amplios sectores de la sociedad, más allá de que estén o no involucrados en el negocio del tráfico de drogas ilegales. Es una cultura del narco que opera en la misma vertiente de la cultura dominante con las mismas reglas y sistema de valores, en la que se socializan y comparten prácticas, devenidas, desde la cultura, en formas simbólicas, objetivas y subjetivas.

LAS FORMAS SIMBÓLICAS DE LA NARCOcultura

Para entender el universo simbólico de la narcocultura, lo abordaremos desde la perspectiva de la concepción simbólica de la cultura (Geertz, 2005; Thompson, 1998; Giménez, 2007) entendida como el modelo de significados incorporados a las formas simbólicas, entre las que se incluyen acciones, enunciados y objetos significativos, con los que los individuos se comunican entre sí y comparten sus experiencias, concepciones y creencias. Es una cultura expresada por un conjunto de hechos, dinámicas y expresiones simbólicas, actuantes y presentes en la sociedad, capaces de organizar socialmente el sentido de los significados que, en el devenir histórico, son transmitidos y encarnados en formas simbólicas objetivadas (concretas) y subjetivadas interiorizadas (intangibles o abstractas). Por un lado, están las formas objetivadas: artículos concretos de la cultura, significados culturales que se objetivan en forma de artefactos o comportamientos culturales, obras de arte, ritos, danzas (Thompson, 1998). Por el otro, se perciben las formas interiorizadas: un sistema de valores y elementos ideológicos que entran a la vida social y configuran imaginarios distintos, generalmente asociados a creencias, mitos y costumbres.

Para desentrañar e identificar ese conjunto de hechos, dinámicas y expresiones simbólicas, actuantes y presentes en la sociedad se ha requerido de estrategias y herramientas de acopio que han dado a la investigación la posibilidad de explicar, desde la fenomenología, la etnografía y el discurso, la manera cómo la narcocultura comunica su presencia.

ESTRATEGIAS METODOLÓGICAS

Del fenómeno de la narcocultura podemos identificar algunos objetos y productos entendidos como formas simbólicas, concretas e interiorizadas, vinculados a la narcocultura. Para lo cual se han diseñado, como estrategia metodológica, tres niveles de acción: La primera, de índole *fenomenológica* (Edmund Husserl, 1859-1938), como un apoyo conceptual de la investigación social de tipo cualitativo ya que se orienta sobre la experiencia vivida en un marco de comprensión y de análisis de la realidad humana en la que se pone en juego una serie de *existenciales* básicos para el análisis, como son la espacialidad, la corporeidad,

la temporalidad y las relaciones humanas vividas, como plantea Van Mannen en Sandoval (2002, pp. 59-60). Se trata de observar los fenómenos, desentrañar su historia, explicar cómo se desarrollan en los espacios de un contexto dado. En este caso, explorar los lugares en los que la narcocultura se evidencie, por ejemplo, en las celebraciones tradicionales, en la conversación con personas en la calle, en las fiestas, etcétera; establecer la relación con la vida cotidiana y experimentar los lugares en su espacio-temporalidad.

Esto va ligado a la segunda dimensión de índole *etnográfica*, que alude al lugar y no puede ser explicada sin la observación directa, activa y constante, pues permite significar el espacio y hacer que comunique algo, de tal modo que la interpretación lleve a desentrañar lo que ocurre con su gente, sus calles, los no lugares, todo lo que construye a la ciudad, y obtener así un conocimiento profundo y completo de la realidad observada, con toda su complejidad, estar ahí y producir el relato.

La tercera dimensión, de índole *discursiva*, contribuye con el análisis del discurso derivado de entrevistas, de grupos de discusión, o bien del análisis de letras de narcocorridos, así como del análisis hermenéutico de otros elementos de la narcocultura. De esta forma, la investigación ha incluido el acercamiento a distintos lugares de la ciudad de Culiacán, como la capilla de Malverde, el templo católico de San Judas Tadeo, las instalaciones de la Expo-Feria Ganadera, el panteón Jardines del Humaya, y otros que han adquirido relevancia sobre todo por eventos ocurridos en el contexto de violencia por el narcotráfico, o vinculados a componentes de la narcocultura que también son puntos de referencia y de mayor concentración y convivencia.

FORMAS SIMBÓLICAS (VISIBLES, CONCRETAS). OBJETOS VINCULADOS

Vestimenta: Desde la dimensión estética, este componente cultural ha pasado por varias etapas. En los inicios de la narcocultura, los personajes (principalmente hombres) vestían a la usanza del hombre de los campos agrícolas, zonas eminentemente rurales. Se distinguían por usar las típicas camisas de cuadros y pantalón de mezclilla, botas picudas de pieles exóticas, cinto piteado⁴ y sombrero de ala ancha o texanas. En una segunda etapa, atraen la atención el uso de camisas de seda de colores llamativos con estampados diversos, incluyendo la figura de la Virgen de Guadalupe, moda que se conoce como *estilo Versace*. En un tercer momento, más actual, se distinguen especialmente los jóvenes a quienes llaman *narcojuniors* por usar ropa de marcas costosas, con lo cual imponen marcas y modas.⁵ Pero ya no son solamente los hombres quienes llaman la atención por la vestimenta, las mujeres también son objeto de la *moda narca*. Ellas generalmente lucen ropa vistosa, entallada al cuerpo, pelo largo, teñido de negro y planchado, uñas postizas muy largas y cubiertas de piedras multicolores, siempre maquilladas.

Accesorios: En los hombres es común que porten joyas (cadenas y esclavas de oro, algunas cubiertas de piedras finas menos vistosas), bolsas especiales para portar equipo de comunicación (teléfonos celulares y radios) y otros objetos; zapatos y o botas de marcas costosas y pieles exóticas. En el caso de las mujeres,

4 Es un tipo de bordado en piel –generalmente cinturones y huaraches– con hilos que pueden ser de un solo color o de varios colores. Los diseños varían de formas simples hasta una hoja de marihuana o palabras formadas con el bordado.

5 Como ejemplo está el caso de Edgar Valdez Villarreal, *La Barbie*, uno de los operadores del cártel de los hermanos Beltrán Leyva, quien al ser capturado vestía una playera Polo verde con el número 2, con la cual impuso la moda que a la fecha prevalece.

sus accesorios consisten en bolsa muy grande, teléfono celular a la vista, zapatillas de tacones altos y bisutería, a veces extravagante. Esta vestimenta se conoce como *moda buchona* o *moda enferma*. Al que la porta se le conoce como *buchón* o *buchona*.⁶ De esta forma, los narcotraficantes y los que no lo son, construyen sus propios protocolos y reglas al hacer una combinación cultural de objetos y productos a los que les otorgan un valor económico y un simbólico (sobre todo cuando lo cuentan y lo cantan en los narcocorridos), a la vez que van creando una serie de prácticas que incorporan a la sociedad.

Otro tipo de vestimenta es la que utilizan para el *trabajo*, cuando los operadores y sicarios actúan en enfrentamientos o en retenes ilegales y se les identifica por la vestimenta generalmente en color negro, encapuchados, pecheras blindadas, zapatos de uso rudo, guantes y lentes oscuros. También usan réplicas de uniformes exclusivos de las distintas corporaciones policiacas y fuerzas armadas. Desde el punto de vista teórico, la comunicación *artifactual* (Pearson, Turner y Todd-Mancillas, 1993) distingue el intercambio de mensajes a través de los objetos: la vestimenta, los adornos (accesorios), el maquillaje, entre otros, y permite a los demás determinar algunos rasgos físicos y de personalidad como la edad, el estatus, el rol, estilo de vida, los grupos y actividades grupales a las que se dedican las personas. En el ámbito del narcotráfico, se interpretan como pertrechos simbólicos en la vestimenta entre los narcos.

Vehículos: De los objetos notorios vinculados a la narcocultura están las camionetas y autos de lujo, generalmente blindados; avionetas y helicópteros (ya sea como instrumentos de trabajo, o bien, de uso y consumo suntuoso o de placer). En estos objetos se resignifica la idea mercantilista de consumo que simboliza un tipo de hedonismo, pero también encarnan poderío por cuanto representa, en términos monetarios y de poder adquisitivo, poseer un vehículo de lujo y costoso, se trata de mantener un estatus en las estructuras internas y externas del grupo de pertenencia y en la sociedad que, por un lado, los estigmatiza, y por el otro, los tolera e incluso los admira.

Armamento: La narcocultura, en tanto proceso que integra todos los elementos del narcotráfico, es inseparable de un rasgo relevante como es la violencia y el poder. Para la eliminación de los enemigos, el arma o las armas utilizadas son de los productos concretos y tangibles que tienen significados constitutivos de la identidad individual y colectiva. El arma personal del narcotraficante, pistola, rifle y o cuchillo, no es solo su herramienta de trabajo, con ella transmite y manifiesta el símbolo del poder: su poder económico al cubrirlas de piedras y metales finos donde impone su sello y muestra la ostentación, la riqueza y sus excentricidades; un poder político-social por las implicaciones de su posición en la estructura del grupo al que pertenece o bien por el poder impuesto frente a sus enemigos, en tanto que es una marca identitaria, incluso la forma de eliminar a sus enemigos. En cuanto a la identidad colectiva, la marca del grupo se concretiza, en algunos casos, con el logotipo del cártel u organización delictiva implantada en las cachas de las pistolas o de cualquier otro armamento, en la vestimenta y en los vehículos inclusive, con lo cual buscan diferenciarse de sus adversarios.

Arquitectura: Como hemos observado, la expresión estética es un componente importante de la narcocultura. Destacan los diseños de las mansiones de

6 Se refiere a las personas relacionadas de una u otra forma con el narcotráfico, en otros casos, con algún componente de la narcocultura.

construcción espectacular, resguardadas por enormes bardas electrificadas y sistemas de vigilancia, en zonas residenciales exclusivas. Esta arquitectura es trasladada a los cementerios, el más emblemático es el panteón Jardines del Humaya. En este lugar, la mayoría de las criptas y mausoleos no registra nombres, generalmente colocan fotografías de medio cuerpo o de cuerpo entero de los ahí sepultados, rodeados de ramos de flores, botellas de whiskey y de cerveza, figuras religiosas y otros adornos. Entre los diseños de los mausoleos están los de forma de catedrales de mármol blanco o rosado, cantera y piedras exóticas combinadas con cristales y o vitrales, réplicas un tanto burdas del Partenón griego y del Taj-Mahal, así como otras construcciones más contemporáneas, de estilo minimalista. La distribución arquitectónica de las construcciones es de dos a tres plantas, con sistemas de refrigeración, celdas solares, algunas cuentan con estacionamiento. En su interior es posible apreciar escaleras, comedores, salas de estancia amuebladas, que pareciera una zona residencial de cualquier ciudad.

Otro elemento vinculado a la arquitectura, en su forma concreta, son los cenotafios, tumbas vacías edificadas en el sitio donde ha muerto la persona a quien se honra. En diversos puntos de la ciudad de Culiacán se observan pequeñas y medianas construcciones de hierro forjado, ladrillo, madera, u otro material. Estas construcciones simbolizan la cotidianidad de la muerte apoderada del espacio urbano, que se incrementó en el contexto de la llamada *guerra contra en narcotráfico*. Los cenotafios se consideran “un rasgo identitario de la narcocultura porque en su construcción reflejan lo que hemos llamado consumo suntuario materializado en las ornamentaciones visibles, productos como botellas o botes de bebidas alcohólicas, flores, coronas” (Mondaca y Cuamea, 2014) y fotografías de diversos tamaños, junto a la cruz que lleva el nombre con fechas de nacimiento y muerte de la persona, con mensajes religiosos que son formas interiorizadas de la cultura, entre otros elementos, con lo cual

[...] sacralizan el espacio del fallecimiento. Asimismo fundan límites simbólicos entre la vida y la muerte. [Los cenotafios] actuarían, en estas fronteras, como bisagras comunicativas. Desde estas bisagras comunicativas, el alma del difunto y los deudos, establecen relaciones semióticas, intercambian información, expresan emociones y estados pasionales diversos (Bondar, 2012, p. 194).

Son las relaciones de vida y de muerte establecida por y entre los sujetos que buscan eternizar la *existencia* de sus muertos.

FORMAS SUBJETIVADAS O INTERIORIZADAS. ELEMENTOS VINCULADOS

Creencias: La creencia religiosa de los pueblos es ancestral. No hay sociedad que no se rija por sistemas de credos o dogmas que refuerzan comportamientos y actitudes en sus miembros. Para algunos, la religión es una necesidad de creer y depositar la fe en seres que ellos creen superiores. Para otros, al no tener a estos seres sobrenaturales crean o construyen imágenes e ídolos, figuras en las cuales creer y esperar de ellos milagros o favores que respondan a sus necesidades y a la resolución de sus problemas a cambio de un agradecimiento generalmente traducido en prendas (exvotos), dinero, flores, entre otros.

Si bien, las creencias tienen una simbología muy especial, en la narcocultura la devoción y agradecimiento pueden traducirse en la edificación o remodelación de una capilla, llevar la música a algún templo, depositar flores y veladoras, dinero, fotografías o piezas relacionadas con el tráfico de drogas, entre otros.

Al mismo tiempo, lo trasladan a los rituales funerarios en panteones o en los cenotafios,⁷ con lo cual se reafirma el significado de la vida y la muerte.

Pero también están los mitos de la narcocultura, leyendas que se van fabricando en torno a personajes importantes del narcotráfico, a quienes la población les atribuye una serie de adjetivaciones: grandes, bravos, valientes, leales, etcétera, atributos indispensables para mantener y hacer funcionar un pensamiento social con códigos estructurados y conceptos ciudadanos que generan una imagen del mundo (y de los personajes de narcotráfico) plasmada en un meta-lenguaje natural, como afirma Barthes (2002). Es por ello que el pensamiento mítico en torno a las figuras de los narcotraficantes cobra sentido y se valida por la forma de decir lo que se cuenta de ellos y cómo se reflejan en la sociedad. Una de estas figuras míticas es Joaquín *El Chapo* Guzmán. Durante el tiempo en que se mantuvo prófugo se configuró en el imaginario social una serie de atributos, “en su mayoría expresados y difundidos a través de narcocorridos, en los que se exalta no solo su figura, sino la lealtad, el agradecimiento y la admiración hacia él” (Cuamea y Mondaca, 2014, p. 8), alimentados por sus fugas espectaculares, el control de plazas y territorios, la capacidad para negociar y realizar acuerdos y complicidades con el Estado. Con la fama internacional ganada, la admiración hacia este personaje por un amplio sector de la población lo ha hecho parte de las formas simbólicas interiorizadas de la narcocultura.

Valores: En la cultura del narcotráfico, el marco axiológico está orientado al sentido de vida, un *deber ser* en un sistema de códigos preestablecidos y puestos a prueba entre los miembros de los grupos delictivos. Las percepciones sociales y las concepciones del mundo en la narcocultura suponen juicios de valor y acuerdos implícitos, como la lealtad al máximo líder primero y después al grupo de pertenencia. Entre los miembros de estos grupos, la familia, el honor, la palabra empeñada, la valentía, el compadrazgo, el respeto, los lazos de amistad, son parte de un sistema de valores que solo se rompe mediante la traición. Sin ese sistema de valores y sus propias escalas, normas, códigos y reglas no escritas, el narcotráfico no podría entenderse, ya que opera en la transgresión de las normas y leyes sociales, en los marcos del control implantado por el poder de los grupos criminales.

Creencias. Como parte de la cosmovisión de las culturas, el sistema de creencias con sus mitos y ritos contribuye al anclaje de la fe de los integrantes de una sociedad que buscan satisfacer sus necesidades, y a ampliar sus marcos interpretativos. La creencia en Jesús Malverde, llamado *Santo laico*, *Santo generoso* o *Patrono de los narcos*, forma parte de las creencias de los narcos, junto con un conglomerado de figuras religiosas. Aunque para la iglesia católica tiene un significado de aberración y deformación constante de la fe, porque *distorsiona* la devoción de la gente, ya que se considera un recurso de conciencia de algunas personas para sentirse bien y que sus actos sean aceptables. Los traficantes de droga o *gomereros*, así llamados entonces, al sentirse identificados con las actividades fuera de la ley y la generosidad del personaje, según cuenta su leyenda, adoptaron el culto a Jesús Malverde, en la década de 1970. Los narcocorridos han dado cuenta de innumerables composiciones dedicadas al *bandido generoso* en los que aluden su creencia:

7 Cenotafio es una tumba vacía. Según la RAE, significa: “Monumento funerario en el cual no está el cadáver del personaje a quien se dedica.”

[...] Hoy me paseo en Culiacán, en una troca del año/Voy con rumbo a una capilla, porque allá tengo una cita/Es la de Jesús Malverde, le llevo sus mañanitas (Corrido de Malverde. Canta: Julio Cháidez).

En estas creencias hay un juego de santería-paganismo-religiosidad-fe, que se puede observar en la fiesta que cada 3 de mayo celebran cientos de creyentes de diversos lugares del país, que visitan su capilla en la ciudad de Culiacán, Sinaloa.

El consumo: En el universo simbólico de la narcocultura, el uso, consumo y posesión de productos tienen la doble significación: la de formas concretas e interiorizadas por lo que representa poseer-consumir. Definido desde una perspectiva sociocultural, por García Canclini (1995), el consumo es:

el conjunto de procesos socioculturales en que se realizan la apropiación y los usos de los productos. Esta caracterización ayuda a ver los actos a través de los cuales consumimos como algo más que ejercicios de gustos y antojos, compras irreflexivas, según suponen los juicios moralistas, o actitudes individuales [...], es comprendido, ante todo, por su racionalidad económica (p. 41).

En la narcocultura, el consumo no siempre opera bajo una racionalidad económica, más bien se gasta el dinero rápido y de manera a veces irracional ante la idea de que nunca se va a acabar. Tener dinero (dólares), portar un arma, usar ropa y accesorios de ciertas marcas, comprar autos o camionetas imponentes, beber licor de cierta marca y no otra, y escuchar cierta música, narcocorridos; por un lado, son parte de un consumo que resignifica la posición social de quien vive de este modo y, por el otro, reafirma el acceso a un estilo de vida que los aleja de la pobreza y de los pobres con quienes asocian su propia vida. Para quien tiene vínculos con la narcocultura, no basta consumir, lo que interesa es hacerse notar, ya que si algo la caracteriza es la ostentación, la grandeza de sus pertrechos, hacerlos visibles para justificar los riesgos y demostrar el éxito social que esto significa. Cumplen con la condición básica del neoliberalismo, como observa Valenzuela (2002): la herencia de un consumismo excesivo como parámetro de realización y éxito en la vida.

Pero el consumo, en la lógica mercantilista del narcotráfico, no solamente expresa la posición social en la narcocultura, sino también se reconfigura como parte de lo que Valencia (2016) llama *violencia decorativa*, un tipo de consumo para beneficio y placer de quien la adquiere ofreciendo amplios repertorios de productos (armas cubiertas de piedras y oro, vestimenta con diseños bélicos y alusivos al narcotráfico, joyas con diseños de armas y calaveras, entre otras) como parte de las prácticas del consumismo *gore*,⁸ en el que el poder del mercado cristaliza y refleja, además del hiperconsumo, la avidez con la que destruye las sociedades e instaura otras formas de consumo, de cambios de acciones de los sujetos (Mondaca y Cuamea, 2018). Es la violencia representada como un objeto decorativo,

y predispone al entramado social para que cada vez resulte menos ofensivo, peligroso y atemorizante que el uso de los espacios –tanto públicos como privados– se reapropie y éstos se vean invadidos por elementos de consumo con claras reminiscencias bélicas; convirtiendo estos objetos en algo deseable, disfrutable y consumible (Valencia, 2016, p. 168).

8 Para Valencia (2016) es la reinterpretación de la economía hegemónica y global en los espacios (geográficamente) fronterizos; recupera el término *gore* de un género cinematográfico que expresa la violencia extrema, tajante e injustificada cuerpos desmembrados, frecuentemente mezclados con el crimen organizado, el género y los usos predatorios de los cuerpos, mediante la violencia más explícita como herramienta de necropoderamiento.

En este contexto, la violencia es vista como objeto de consumo utilitario para obtener poder y placer. Como forma simbólica y construcción social, ha pasado a formar parte de la vida cotidiana, se ha convertido en un relato contemporáneo, en historias que se reeditan en cada acontecimiento violento; su presencia permea los espacios público y privado en cada colectividad, en cada ciudad. Devenida en el destino fatal para muchos, la violencia se convierte en el estado de indefensión que crece y se desplaza ante la mirada que no ve, y se ejerce porque hay condiciones para hacerlo. Coincidiendo con Reguillo (2005), este modo de pensar la(s) violencia(s), invisibiliza o elude un problema estructural más profundo como es el del proyecto y el pacto social que una sociedad debe tener, y la institucionalidad que debe existir para garantizar *el nudo que ata el tejido social*. Por lo tanto, la violencia no puede pensarse fuera de la narcocultura y del narcotráfico porque representa el ejercicio de la transgresión, la fuerza y el poder normalizado.

LA MÚSICA: LOS NARCOCORRIDOS

Se ha señalado que la narcocultura es generadora de productos muy bien definidos y con un vínculo muy especial por cuanto se apropia de los bienes y variables culturales de la cultura dominante. Los narcocorridos, como formas simbólicas, se muestran, lo mismo que el consumo, en la doble significación de formas concretas y subjetivadas, representan la parte más integradora de los componentes de la narcocultura al contar y cantar los acontecimientos, vida y hazañas del mundo narco y sus personajes, de los acontecimientos concretos y a la vez simbólicos.

Como producto concreto se escuchan en la calle, en los negocios comerciales, a todo volumen en los vehículos, son producto del intercambio y circulación entre las personas, principalmente las y los jóvenes. Como expresión y producto subjetivado o interiorizado de la narcocultura, el narcocorrido es un agente explícito porque da a conocer y difunde el discurso de los traficantes contribuyendo a su institucionalización, ya que resume procesos, categorías, dimensiones y alcances de las situaciones, de los personajes, los actores, los lugares, la realidad y la ficción que acompañan al fenómeno del narcotráfico. Los narcocorridos

transmiten apreciaciones acerca de los traficantes y del tráfico de drogas ilícitas, generalmente contrarias a las dominantes en los círculos gubernamentales y los que comparten la misma visión, pero que han encontrado público en otros sectores sociales: no solo entre los campesinos pobres de la serranía, sino entre los jóvenes y adultos urbanos de diferentes clases sociales con aspiraciones o no de enriquecimiento rápido (Astorga, 1995, pp. 37-38).

Un rasgo que alimenta el proceso instituyente del poder del narcotráfico ha sido la figura del *narco generoso* que contribuye al desarrollo social del pueblo, la región o el territorio donde este se desplaza con la aceptación de sus habitantes, resignificando con ello la figura del *bandido social* (Hobsbawm, 2003) que, por un lado, opera en el *habitus* interiorizado de esquemas de conocimiento, de prácticas sociales, su hacer en lo concreto; y por el otro, el *ethos* que en cada sujeto forja estilos de vida en la cotidianidad. Con ello el sujeto simbólico de los narcocorridos ha encontrado una forma de vehiculizar y exteriorizar sus modos de vida y al mismo tiempo mostrarse frente a la sociedad que lo identifica como el nuevo héroe del corrido tradicional, para justificar sus acciones y convertirse

en el benefactor que habrá de resolver las prioridades de la población, ya que al ser parte de una actividad prohibida, la de las drogas ilícitas, necesita justificarse moralmente y así resignificar la transformación de la pobreza a la riqueza.

La integración de todos los componentes de la narcocultura está en los narcocorridos, estos expresan no solamente la música, sino las posibilidades de entender otros modos y estilos de vida mediante el consumo y la búsqueda de reconocimiento, obtención de dinero fácil y rápido, la demostración de la riqueza y del poder a través de las relaciones y las prácticas sociales: el universo simbólico que este fenómeno sociocultural ha construido.

CONCLUSIONES

La fenomenología de la narcocultura es un proceso permanente de expresiones diversas vinculadas al narcotráfico, expresa una serie de elementos, concretos y subjetivos en la que se integran distintos componentes, denominados formas simbólicas de la cultura, que pueden o no ser compartidos, pueden o no interactuar; por tanto, los actores pueden o no ser partícipes del fenómeno que lo alimenta como es el narcotráfico.

La narcocultura se expresa en formas simbólicas concretas, pero también interioriza otras. Está en la vida cotidiana reproduciendo y generando prácticas e interacciones sociales a través de la música, los narcocorridos principalmente, el consumo suntuario a través de las bebidas, las modas, la vestimenta, los vehículos de lujo, la arquitectura de las casas, los espacios fúnebres como las tumbas y los cenotafios. Involucra todo un sistema de valores y creencias, de códigos y reglas no escritas, con lo que produce sentidos de vida y muerte.

Al emerger y trasladarse del campo y de la sierra a la ciudad, se asumieron nuevos patrones de comportamiento y de consumo dando lugar a las transformaciones culturales que el mundo narco habría de promover: la vestimenta tradicional que distinguía a los hombres de la sierra, camisa a cuadros, pantalón de mezclilla, cintos piteados, sombrero, pañuelos rojos (paliacates) al cuello, el uso de las botas picudas de pieles exóticas; las alhajas de oro; camionetas lujosas; las largas celebraciones con música y bebidas.

Por tanto, el universo simbólico de la narcocultura promueve prácticas sociales que permiten una comprensión de las acciones de los sujetos en escenarios de violencia y de muerte.

REFERENCIAS

- Astorga, L. (1995a). *Mitología del narcotraficante en México*. Ciudad de México: UNAM.
- Astorga, L. (2001). *La seguridad dependiente. Bien Común y Gobierno. Artículo, Políticas*. Recuperado de <http://www.vivecondrogas.com/textos/astorgamay01.htm>
- Barthes, R. (2002). *Mitologías*. Ciudad de México: Siglo XXI.
- Bondar, C. (2012). Tanatosemiosis: comunicación con los niños difuntos. Tumbas, colores, epitafios, exvotos y memoria(s), *RUNA XXXIII* (2), pp. 193-214.
- Cuamea, G. y Mondaca, A. (Septiembre de 2014). La maquinaria que encarnó al mito: los pertrechos simbólicos de las marchas a favor del Chapo Guzmán. En A. Spears (Presidencia). *6o. Congreso Internacional de Sociología Construcción de ciudadanías: Nuevas realidades y miradas interpretativas*. Ensenada: Congreso llevado a cabo en la Universidad Autónoma de Baja California.
- García, N. (1995). *Consumidores y ciudadanos*. Ciudad de México: Grijalbo.
- Geertz, C. (2005). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.

- Giménez, G. (2007). *Cultura e Identidades. Estudios sobre la cultura y las identidades sociales*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.
- Hobsbawm, E. (2003). *Bandidos*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Mondaca, A., Cuamea, G. (2014). Los cenotafios: culto a la (narco) muerte y lugar de la memoria colectiva, ponencia presentada en el 7o. Congreso Internacional de Sociología. Voces de resistencia. Miradas críticas desde la sociología. Universidad Autónoma de Baja California.
- Mondaca A., Cuamea, G. (2014). (2018). La mercantilización de la violencia en el Movimiento Alterado, ponencia presentada en el XIV Congreso de la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación (ALAIIC) *Comunicación en sociedades diversas: Horizontes de inclusión, equidad y democracia*. San José, Costa Rica, 30, 31 de julio y 1 de agosto 2018.
- Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (2017). Panorama de la educación 2017. Indicadores de la OCDE. España: Fundación Santillana.
- Pearson, J., Turner, L. y Todd, W. (1993). *Comunicación y género*. España: Paidós
- Reguillo, R. (2005). *Violencias y después culturas. Espacios en reconfiguración* Recuperado de: educiac.org.mx/...Violencia/005Violencia_y_despues_Cult_en_Reconf_Reguillo.pdf
- Sánchez, G. (2009). Procesos de institucionalización de la narcocultura en Sinaloa. *Revista Frontera Norte*, 21, 41, pp. 77-103
- Sandoval, C. (2002). *Investigación cualitativa*. Bogotá: Instituto Colombiano para el Fomento de la Educación Superior (ICFES).
- Thompson, J. (1998) *Ideología y cultura moderna. Teoría crítica social en la era de la comunicación de masas*. Ciudad de México: UAM-Xochimilco.
- Valencia, S. (2016). *Capitalismo Gore*. Ciudad de México: Paidós
- Valenzuela, J. (2002). *Jefe de jefes. Corridos y narcocultura en México*. Ciudad de México: Plaza y Janés.